

The image shows the front cover of an antique book. The cover is bound in a dark brown, cracked leather with decorative corner pieces. A large, rectangular label of aged, yellowish paper is pasted onto the cover. The label features a double-line border and a central circular emblem with intricate designs. The text on the label is printed in a classic serif font. The book is set against a background of a similar marbled paper pattern.

DISCIPLINAS
ESPIRITUALES

PARA LA
VIDA
CRISTIANA

DONALD S. WHITNEY

PREFACIO POR J. I. PACKER

Disciplinas espirituales para la vida cristiana

**DISCIPLINAS
ESPIRITUALES**

PARA LA
**VIDA
CRISTIANA**

DONALD S. WHITNEY



*Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*



NavPress es el ministerio editorial de Los Navegantes, una organización cristiana internacional y líder en el desarrollo espiritual. NavPress está dedicada a ayudar a la gente a crecer espiritualmente y a disfrutar de vidas con propósito y esperanza, mediante recursos personales y de grupo que están fundamentados en la Biblia, que son culturalmente pertinentes y altamente prácticos.

Para más información, visite www.NavPress.com.

Disciplinas espirituales para la vida cristiana

Un recurso de NavPress publicado por Tyndale House Publishers, Inc.

Originally published in the U.S.A. under the title *Spiritual Disciplines for the Christian Life* by Donald S. Whitney. Copyright © 1991, 2014 by Donald S. Whitney.

Spanish edition © 2016 by Tyndale House Publishers, Inc., with permission of NavPress. All rights reserved.

Originalmente publicado en inglés en EE.UU. bajo el título *Spiritual Disciplines for the Christian Life* por Donald S. Whitney. © 1991, 2014 por Donald S. Whitney.

Edición en español © 2016 por Tyndale House Publishers, Inc., con permiso de NavPress. Todos los derechos reservados.

NAV PRESS y el logotipo de NAV PRESS son marcas registradas de NavPress, Los Navegantes, Colorado Springs, CO. La ausencia del símbolo ® con relación a las marcas de NavPress u otras partes no indica ausencia de registro de esas marcas. TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Imagen de la portada por Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con NVI han sido tomados de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*® NVI®. © 1999 por Biblia, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Los versículos bíblicos indicados con DHH han sido tomados de la versión Dios habla hoy®, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con RVR60 han sido tomados de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con RVC han sido tomados de la versión Reina Valera Contemporánea © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con LBLA han sido tomados de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El versículo bíblico indicado con NASB ha sido tomado de la New American Standard Bible®, © 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1995 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Algunas de las historias anecdóticas de este libro son de la vida real y se incluyen con el permiso de las personas involucradas. Todas las demás ilustraciones son una combinación de situaciones reales, y cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

{CIP data to come}

ISBN 978-1-4964-1131-0

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

22	21	20	19	18	17	16
7	6	5	4	3	2	1

CONTENIDO

Agradecimientos vii

Prólogo ix

CAPÍTULO 1:	Las Disciplinas Espirituales... para la piedad	1
CAPÍTULO 2:	La asimilación de la Biblia (Parte 1)... para la piedad	23
CAPÍTULO 3:	La asimilación de la Biblia (Parte 2)... para la piedad	41
CAPÍTULO 4:	La oración... para la piedad	87
CAPÍTULO 5:	La adoración... para la piedad	111
CAPÍTULO 6:	La evangelización... para la piedad	129
CAPÍTULO 7:	El servicio... para la piedad	153
CAPÍTULO 8:	La mayordomía... para la piedad	173
CAPÍTULO 9:	El ayuno... para la piedad	209
CAPÍTULO 10:	El silencio y el retiro... para la piedad	241
CAPÍTULO 11:	Escribir un diario... para la piedad	273
CAPÍTULO 12:	Aprender... para la piedad	299
CAPÍTULO 13:	La perseverancia en las Disciplinas... para la piedad	315

Notas 335

Acerca del autor 351

Índice de referencias bíblicas 353

Índice de temas 359

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a todos los pastores, maestros, líderes de estudios bíblicos, ministros para solteros, estudiantes universitarios y jóvenes, y todos los demás discipuladores de todas las iglesias locales que usaron la primera edición de este libro.

Gracias a todos los estudiantes que han cursado conmigo la clase de «Disciplinas espirituales personales» en el seminario y que leyeron la versión original de este libro como parte del estudio del curso.

Gracias a todos los alumnos de institutos, universidades, seminarios y otras instituciones educativas que lo han estudiado como libro de texto.

Gracias a todas las personas que, en todo el mundo, han leído el libro en una de las versiones traducidas a otros idiomas.

Gracias a todos los que han leído un ejemplar digital de la edición original.

Gracias a quienes han escuchado la versión en audio del libro en inglés.

Gracias a los muchos amigos dentro y fuera de NavPress que me ayudaron con la publicación original y con la revisión de este libro. Yo sé quiénes son. Y sobre todo, el Señor lo sabe (Hebreos 6:10).

Gracias a Caffy, que pacientemente soportó mucho para que yo pudiera escribir este libro, y a ambas, Caffy y Laurelen (que no había nacido cuando lo escribí por primera vez), que pacientemente soportaron mucho para que pudiera revisarlo.

Me siento conmovido y honrado por todos ustedes.

En todos los casos, que el Señor traiga muchos frutos duraderos en sus vidas por medio de este libro.

PRÓLOGO

Me pidieron que escribiera el prólogo de este libro antes de verlo. Ahora, después de haberlo leído, creo que de todas maneras me habría ofrecido para esta tarea, para dejar constancia de que quiero recomendar a todos los cristianos que lean lo que Don Whitney escribió; de hecho, que lo lean tres veces, con un intervalo de un mes (definitivamente no menos, e idealmente, creo yo, no más) entre una lectura y otra. Esto no solo le permitirá meterse de lleno en el libro, sino que, además, le brindará una imagen realista en cuanto a su seriedad, o la falta de ella, como discípulo de Jesús. Su primera lectura le mostrará varias cosas en particular que debería empezar a hacer. En la segunda y tercera lecturas (para las que debería elegir una fecha el día que haya finalizado la lectura anterior), se encontrará examinando lo que ha hecho y cómo le fue al hacerlo. Eso le hará muy bien, aun si al principio el descubrimiento sea un poco impactante.

Desde que Richard Foster tuvo éxito con su *Alabanza a la disciplina*, discutir las diversas disciplinas espirituales se ha convertido en un elemento esencial del habla cristiano conservador en Estados Unidos. Esto es algo bueno. La doctrina de las disciplinas (en latín, *disciplinae*, que significa «cursos de aprendizaje y entrenamiento»)

realmente es la reafirmación y la prolongación de la enseñanza protestante clásica sobre los medios de la gracia (la Palabra de Dios, la oración, la comunión, la Cena del Señor). Las bases espirituales de Don Whitney se afianzan, afortunadamente, en la sabiduría de la Biblia —como explicaron en detalle los puritanos y los maestros evangélicos más antiguos—, y él marca el camino de la disciplina con un estilo firme. Los cimientos que pone son evangélicos, no legalistas. En otras palabras, nos llama a buscar la piedad practicando las disciplinas con gratitud por la gracia que nos ha salvado, no como un esfuerzo para buscar la justicia propia o mejorar nuestra condición. Lo que él edifica sobre estos cimientos es tanto beneficioso como sólido. En verdad, nos muestra el camino de la vida.

Si, entonces, como cristiano, usted realmente quiere ser auténtico con su Dios, y superar la etapa de andar con juegos con usted mismo y con él, este libro le proporciona una ayuda práctica. Hace siglo y medio, el profesor escocés «Rabbi» Duncan mandó a sus alumnos a leer al puritano John Owen sobre el pecado que mora en nosotros, con la advertencia: «Pero, caballeros, *prepárense para el cuchillo*». Al cederle el espacio a Don Whitney, yo le diría a usted: «Ahora, amigo, *prepárese para el entrenamiento*». Y encontrará salud para su alma.

—J. I. Packer

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES... PARA LA PIEDAD

La nuestra es una época indisciplinada. Las disciplinas antiguas se vienen abajo... Sobre todo, se hace burla de la disciplina de la gracia como legalismo, o es totalmente ajena para una generación que, en gran medida, es analfabeta en las Escrituras. Necesitamos la fuerza resistente del carácter cristiano que solo puede provenir de la disciplina.

V. RAYMOND EDMAN

La disciplina sin rumbo es un trabajo pesado.

Imagínese a Kevin, de seis años, cuyos padres lo inscribieron en clases de música. Todas las tardes, después de la escuela, e incitado por su madre, camina encorvado a la sala y rasguea las canciones que tiene que practicar pero que no le gustan, mientras mira a sus compañeros que juegan al béisbol en el parque al otro lado de la calle. Así es la disciplina sin rumbo; es un trabajo pesado.

Ahora imagine que a Kevin lo visita un ángel una tarde mientras él practica la guitarra. En una visión, es transportado al Carnegie Hall. El ángel le muestra a un guitarrista virtuoso que está dando un concierto. Generalmente lo aburre la música clásica, pero Kevin está asombrado por lo que ve y escucha. Los dedos del músico bailan sobre las cuerdas con fluidez y elegancia. Kevin piensa en lo inep-tas y toscas que se sienten sus propias manos cuando se detienen y vacilan sobre las cuerdas. El virtuoso mezcla notas nítidas y altas en un aroma musical que flota desde su guitarra. Kevin recuerda la disonancia, monótona e irritante, que sale torpemente de la suya.

Pero Kevin está cautivado. Su cabeza se inclina hacia un costado mientras escucha. Absorbe todo. Nunca imaginó que alguien pudiera tocar así la guitarra.

—¿Qué te parece, Kevin? —pregunta el ángel.

La respuesta es el «¡Va-ya!» suave y lento de un niño de seis años.

La visión se esfuma y el ángel está nuevamente de pie frente a Kevin en la sala de su casa.

—Kevin —dice el ángel—, el músico maravilloso que viste eres tú dentro de unos años. —Luego, señalando la guitarra, el ángel declara—: ¡Pero tienes que practicar!

De pronto, el ángel desaparece y Kevin se encuentra solo con su guitarra. ¿Cree usted que su actitud hacia la práctica será diferente ahora? Siempre y cuando recuerde en qué va a convertirse, la disciplina de Kevin tendrá un rumbo, una meta que lo encaminará hacia el futuro. Sí, implicará un esfuerzo, pero difícilmente podría llamársele trabajo pesado.

Cuando se trata de la disciplina en la vida cristiana, muchos creyentes se sienten como se sentía Kevin con respecto a la práctica de la guitarra: es una disciplina sin rumbo. La oración amenaza ser un trabajo pesado. El valor práctico de meditar en las Escrituras parece incierto. El verdadero propósito de una disciplina como el ayuno a menudo es un misterio.

Primero tenemos que entender en qué nos convertiremos. La Biblia dice acerca de los elegidos de Dios: «Pues Dios conoció a los suyos de antemano y los eligió para que llegaran a ser como su Hijo» (Romanos 8:29). El plan eterno de Dios asegura que cada cristiano, al final, llegará a ser como Cristo. Seremos transformados «cuando Cristo venga» de manera que «seremos como él» (1 Juan 3:2). Si usted ha nacido de nuevo (vea Juan 3:3-8), eso no es una visión; ese es usted, cristiano, tan pronto como «Cristo venga».

Entonces, ¿por qué hablar de disciplina? Si Dios ha predestinado que seamos como Cristo, ¿en dónde encaja la disciplina? ¿Por qué no simplemente nos desplazamos hasta la prometida semejanza a Cristo y nos olvidamos de la disciplina?

Aunque Dios nos concederá la semejanza a Cristo cuando Jesús vuelva, mientras tanto, él quiere que crezcamos hacia ella. No debemos simplemente esperar la santidad; debemos buscarla. «Busquen la paz con todos», se nos ordenó en Hebreos 12:14 (NVI), «y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». Preste especial atención a lo que dice: Sin la santidad, es decir, la semejanza a Cristo o la piedad, nadie verá al Señor, sin importar cuántas veces haya ido a la iglesia, con qué frecuencia se haya involucrado en actividades religiosas ni cuán espiritual crea que es.

Es crucial, *crucial*, entender que no es nuestra búsqueda de la santidad lo que nos habilita para ver al Señor. Más bien, *el Señor mismo* es el que nos habilita para ver al Señor, no las cosas buenas que hacemos. Nosotros no podemos producir la rectitud suficiente para causarle una buena impresión a Dios y ganar la entrada al cielo. En cambio, podemos presentarnos ante Dios únicamente con la rectitud que alguien más, Jesucristo, logró. Solo Jesús vivió una vida lo suficientemente buena para ser aceptado por Dios y ser digno de entrar al cielo. Y pudo hacerlo porque él era Dios encarnado. Tener una vida perfecta lo habilitó para ser el sacrificio que el Padre acepta en representación de otros que, por el pecado, se descalifican a sí mismos para el cielo y para tener una relación con Dios. Como prueba de que Dios aceptó la vida y el sacrificio de Jesús, Dios lo resucitó de entre los muertos. En otras palabras, Jesús vivió una vida perfectamente recta, en completa obediencia a los mandamientos de Dios, y lo hizo para darles el mérito de toda esa obediencia y rectitud a aquellos que no habían cumplido con toda la Ley de Dios, y murió por ellos en una cruz romana para recibir el castigo que merecían por todos sus pecados contra la Ley de Dios.

Como consecuencia, todos los que se acercan a Dios confiando en que la persona y la obra de Jesús arreglan su situación con Dios reciben al Espíritu Santo (vea Efesios 1:13-14). La presencia del Espíritu *Santo* hace que todos aquellos en los que él mora tengan nuevos deseos *santos* que antes no tenían. Por ejemplo, desean la Santa Palabra de Dios, la Biblia, que solía resultarles aburrida o

irrelevante. Tienen nuevos anhelos santos, como el anhelo de vivir en un cuerpo sin pecado y de tener una mente que ya no sea tentada por el pecado. Ansían vivir en un mundo santo y perfecto, con personas santas y perfectas, y ver, al fin, al Único al que los ángeles alaban perpetuamente diciendo: «santo, santo, santo» (Apocalipsis 4:8). Esto es parte del corazón de todas las personas en las que habita el Espíritu Santo. Por consiguiente, cuando el Espíritu Santo vive dentro de alguien, esa persona comienza a valorar y a buscar la santidad. De esa manera, como vimos en Hebreos 12:14, el que no se esfuerce por la santidad, no verá al Señor. La razón por la que esa persona no verá al Señor en la eternidad es porque ahora no conoce al Señor, pues quienes lo conocen reciben su Espíritu Santo, y todos aquellos en quienes mora el Espíritu Santo se ven impulsados a buscar la santidad.

Por lo tanto, la pregunta apremiante que cada cristiano debería hacerse es: «¿Cómo, entonces, debo dedicarme a la santidad, la santidad sin la que no verá al Señor? ¿Cómo puedo llegar a ser más semejante a Jesucristo?».

En 1 Timoteo 4:7 encontramos una respuesta clara: «Disciplínate a ti mismo para la piedad» (LBLA). En otras palabras, si su meta es la piedad —y la piedad *es* su meta si el Espíritu Santo mora en usted, pues él hace que la piedad sea su propósito— ¿cómo puede, entonces, perseguir ese propósito? De acuerdo con este versículo, usted se disciplina a sí mismo para la piedad.

Este versículo es el tema de todo el libro. En este capítulo intentaré desarrollar su significado; el resto del libro es un esfuerzo por aplicarlo de maneras prácticas. Me referiré a las formas bíblicas con las que los cristianos se disciplinan a sí mismos en obediencia a este versículo como Disciplinas Espirituales. Sostendré que el único camino a la madurez y a la piedad cristiana (término bíblico, sinónimo de *ser como Cristo y santidad*) pasa por la práctica de las Disciplinas Espirituales. Haré énfasis en que la piedad es la meta de las Disciplinas y que, cuando recordamos esto, las Disciplinas Espirituales se convierten en un deleite, en lugar de un trabajo pesado.

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: ¿QUÉ SON?

Las Disciplinas Espirituales¹ son aquellas prácticas que se encuentran en las Escrituras que promueven el crecimiento espiritual entre los que creen en el evangelio de Jesucristo. Son los hábitos de devoción y cristianismo experiencial que el pueblo de Dios ha practicado desde los tiempos bíblicos. Las Disciplinas podrían describirse de varias maneras.

En primer lugar, la Biblia recomienda las Disciplinas Espirituales *tanto personales como interpersonales*. Este libro trata sobre las Disciplinas Espirituales personales, pero estas no son más importantes que las Disciplinas Espirituales interpersonales, aunque se haga énfasis en ellas más frecuentemente en gran parte de la literatura sobre el crecimiento espiritual². De manera que, aunque ciertas Disciplinas se practican a solas, algunas son para practicarlas con otras personas. Las primeras son Disciplinas Espirituales personales, y las segundas son Disciplinas Espirituales interpersonales. Por ejemplo, los cristianos deben leer y estudiar la Palabra de Dios a solas (Disciplinas Espirituales personales), pero también deben escuchar la lectura de la Biblia y estudiarla con la iglesia (Disciplinas Espirituales interpersonales). Los cristianos tienen que adorar a Dios en privado, pero también deben adorarlo públicamente con su pueblo. Algunas Disciplinas Espirituales, por su naturaleza, se practican a solas, como el llevar un diario, el retiro y el ayuno (aunque a veces los individuos participan en un ayuno congregacional). Otras Disciplinas son congregacionales por naturaleza, como fraternizar, escuchar la predicación de la Palabra de Dios y la participación de la Cena del Señor, todo lo cual requiere de la presencia de varias personas.

Tanto las Disciplinas personales como las interpersonales son instrumentos de bendición para los seguidores de Jesús y son parte del crecimiento en la piedad, pues la Biblia enseña ambas. Además, Jesús practicó las dos, y el propósito de practicar las Disciplinas es llegar a ser como Jesús. De esa manera, por ejemplo, la Biblia nos dice, al menos en cuatro oportunidades, que Jesús se quedó a solas

para orar (Mateo 4:1; 14:3; Marcos 1:35; Lucas 4:42), practicando, de este modo, las Disciplinas Espirituales *personales*. Además, en Lucas 4:16 se nos dice que «según su costumbre, [Jesús] entró en la sinagoga el día de reposo» (LBLE), involucrándose así en las Disciplinas Espirituales *interpersonales*.

Tal vez cada uno de nosotros se inclina un poco más hacia las Disciplinas que se practican individualmente, o a las que se practican en grupo. Algunos, por ejemplo, quizá piensan que pueden ser todo lo que Dios quiere que sean aun sin la iglesia local, solo practicando fielmente las Disciplinas Espirituales personales. Otros quizá se engañen creyendo que pueden progresar espiritualmente lo suficiente si se comprometen mucho en la vida de su iglesia y piensan que, de alguna manera, su participación en actividades eclesíásticas significativas compensará la falta de una vida de devoción personal. Sin embargo, inclinarnos demasiado hacia nuestra propia predisposición personal nos desestabilizará y deformará nuestra búsqueda de la santidad. Los cristianos son individuos, pero también son parte del cuerpo de Cristo. Experimentamos a Dios y crecemos en su gracia por medio de las Disciplinas Espirituales personales así como de las interpersonales. Entonces, aunque este libro trata de las Disciplinas Espirituales personales, entienda que la semejanza a Cristo también requiere la búsqueda de Dios a través de las Disciplinas Espirituales interpersonales.

Segundo, las Disciplinas Espirituales son *actividades*, no *actitudes*. Las Disciplinas son prácticas, no atributos del carácter, manifestaciones de la gracia o «fruto del Espíritu» (Gálatas 5:22-23, NVI). Las Disciplinas son cosas que usted hace, como leer, meditar, orar, ayunar, adorar, servir, aprender, etcétera. El objetivo de practicar una Disciplina en particular, desde luego, no tiene que ver tanto con *hacer* como con *ser*, es decir, *ser* como Jesús. Pero la manera bíblica de crecer para *ser* más como Jesús es mediante el *hacer* las Disciplinas Espirituales bíblicas con la motivación apropiada. Observe nuevamente: «Disciplínate a ti mismo para la piedad». La piedad —ser como Jesús— es el propósito, pero el camino dado por

Dios para ese propósito es a través de determinadas actividades que se encuentran en las Escrituras, conocidas como las Disciplinas Espirituales. Para decirlo de otra manera, hay prácticas específicas que debemos hacer algunas veces que cultivan, en general, el ser como Jesús todo el tiempo. Entonces, ayunar es una Disciplina Espiritual porque es algo que usted hace. El gozo, estrictamente hablando, no es una Disciplina Espiritual porque es algo que usted siente, no algo que hace. El ayuno en sí no es el objetivo; más bien, el gozo es parte del objetivo de ayunar porque el gozo es una cualidad que refleja a Cristo. El gozo no le llega si usted es espiritualmente pasivo; más bien, el gozo se cultiva; pero el gozo se cultiva con las cosas que usted hace. Y las «cosas que hace» que cultivan el gozo que refleja a Cristo son las Disciplinas Espirituales.

Tercero, quiero limitar el tema de este libro a aquellas Disciplinas Espirituales que son *bíblicas*; es decir, a las prácticas que la Biblia enseña o expone. Sin esta limitación, nos exponemos a llamar Disciplina Espiritual a cualquier cosa que nos guste. En ese sentido, alguien podría afirmar: «La jardinería es una Disciplina Espiritual para mí», o «hacer ejercicio es una de mis Disciplinas Espirituales», o afirmar que algún otro pasatiempo o hábito placentero es una Disciplina Espiritual válida. Uno de los problemas que tiene ese enfoque es que puede tentar a las personas a aseverar algo como: «Quizá a usted le sirva la meditación en las Escrituras, pero la jardinería es tan buena para mi alma como la Biblia lo es para la suya». Y el resultado es que prácticamente cualquier cosa puede definirse como una Disciplina Espiritual y, peor aún, significa que nosotros mismos determinamos cuáles son las mejores prácticas para nuestra salud espiritual y nuestra madurez, en lugar de aceptar las que Dios ha revelado en las Escrituras. Creo que se puede argumentar, en mayor o menor grado a favor de cada una, que las siguientes Disciplinas Espirituales personales se recomiendan en las Escrituras: el estudio de la Biblia, la oración, la adoración, la evangelización, el servicio, la mayordomía, el ayuno, el silencio y el retiro, el escribir un diario y el aprendizaje. ¿Es una lista exhaustiva?

No, no me atrevería a afirmarlo. Un sondeo de otras publicaciones sobre el tema revelaría otras posibles candidatas a considerarse como Disciplinas Espirituales bíblicas que practican los cristianos individualmente. Pero sí creo que puede argumentarse que las consideradas en estas páginas son las más destacadas en las Escrituras.

Cuarto, este libro sostiene que las Disciplinas Espirituales que se encuentran en las Escrituras son *suficientes* para conocer y experimentar a Dios, y para crecer en la semejanza a Cristo. Esto se basa en el hecho de que «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra» (2 Timoteo 3:16-17, NVI). Estos versículos nos dicen que las Escrituras, por ser inspiradas por Dios, dan la guía que los cristianos necesitamos para estar «enteramente [capacitados] para toda buena obra», incluyendo la buena obra de buscar la piedad. Así que, lo menos que podemos decir de cualquier otra cosa que una persona pueda afirmar sobre los beneficios espirituales que recibe de una práctica que no está en la Biblia, es que esa actividad no es necesaria. Si fuera necesaria para la madurez espiritual y para el progreso en la santidad, habría sido registrada y promovida en las Escrituras.

Quinto, las Disciplinas Espirituales son prácticas *derivadas del evangelio, no divorciadas del evangelio*. Cuando las Disciplinas se practican correctamente, nos llevan más profundamente en el evangelio de Jesús y sus glorias; no nos alejan de él, como si hubiéramos pasado a niveles de cristianismo más avanzados. El erudito en el Nuevo Testamento, D. A. Carson, lo expresa elocuentemente:

El evangelio no es un tema secundario que trata del punto de entrada al camino cristiano, que va seguido de una gran cantidad de material que, en realidad, da lugar a la transformación de la vida. Sectores muy grandes del evangelicalismo simplemente presuponen que ese es el caso. Se argumenta que predicar el evangelio es proclamar cómo

ser salvos de la condenación de Dios; creer en el evangelio garantiza que usted no irá al infierno. Pero para que se produzca la verdadera transformación, usted necesita llevar muchos cursos de discipulado, cursos de enriquecimiento espiritual, cursos de «profundización» en las disciplinas espirituales y cosas por el estilo. Tiene que aprender a escribir un diario, o el ascetismo, o el estilo de vida sencillo, o a memorizar las Escrituras; tiene que unirse a un grupo pequeño, a un grupo al cual rendirle cuentas o [...] a un estudio bíblico. Ni por un momento se me ocurriría hablar en contra del potencial beneficioso que tienen todos esos pasos; más bien, hablo en contra de la tendencia a tratarlos como disciplinas postevangelio, disciplinas divorciadas de lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús en el evangelio del Señor crucificado y resucitado. [...]

No lograr ver este punto tiene consecuencias enormes y nocivas. [...] En primer lugar, si el evangelio se convierte en aquello por lo que entramos al reino, pero todo el asunto de la transformación pone en marcha las disciplinas y las estrategias postevangelio, entonces constantemente estaremos enfocando la atención de las personas *lejos* del evangelio, *lejos* de la cruz y de la resurrección. Pronto, el evangelio será algo que asumimos tranquilamente que es necesario para la salvación, pero no lo que nos entusiasma, ni lo que predicamos, ni el poder de Dios. Lo que realmente importa son las disciplinas espirituales. Por supuesto, cuando le señalamos esto a alguien para quien las técnicas y las disciplinas son de suma importancia, es probable que haya una indignación instantánea. *Por supuesto* que creo en la cruz y en la resurrección de Jesús, dicen. Y sin duda lo creen. Pero la pregunta sigue siendo: ¿Con qué se entusiasman? ¿En qué se apoya su confianza? ¿De qué depende la esperanza de su transformación? Cuando leo, digamos, a Juliana de Norwich, encuentro una muestra de hasta dónde

se puede buscar la supuesta espiritualidad, al estilo medieval, intentando contactarse directamente con Dios *aparte* de la dependencia deliberada en la muerte sustitutoria y la resurrección de Jesús, que son las mismísimas cuestiones que el apóstol califica como lo «más importante». Cuando la búsqueda contemporánea de la espiritualidad se distancia del evangelio de manera similar, está tomando un giro peligroso³.

Sexto, las Disciplinas Espirituales son *medios, no fines*. El fin, es decir, el propósito de practicar las Disciplinas, es la piedad. Mi definición de *piEDAD* es intimidad con Cristo y conformidad a Cristo; una conformidad que es tanto interna como externa, una conformidad creciente al corazón de Cristo y a la vida de Cristo. Esta semejanza a Cristo es el objetivo, la razón por la que debemos practicar las Disciplinas. Si nuestra práctica no persigue este propósito, el cumplimiento de las Disciplinas Espirituales, independientemente de lo consistente o enérgico que sea, es inútil y no es más que la cáscara vacía de la piedad. Así como no podemos ser piadosos sin practicar las Disciplinas, es posible practicar las Disciplinas sin ser piadosos, si las vemos como fines y no como medios. La próxima sección del capítulo está dedicada a desarrollar este aspecto crucial de la teología que está detrás de la práctica de las Disciplinas Espirituales.

Entonces, las Disciplinas Espirituales son aquellas actividades personales e interpersonales dadas por Dios en la Biblia como los medios suficientes que los creyentes en Jesucristo deben utilizar en su búsqueda de la piedad llena del Espíritu e impulsada por el evangelio, es decir, la intimidad con Cristo y la conformidad a Cristo.

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: EL MEDIO PARA UNA VIDA PIADOSA

La característica más importante de cualquier Disciplina Espiritual es su propósito. Así como es de poca utilidad practicar las escalas

en la guitarra o en el piano dejando a un lado el objetivo único de tocar música, también es de poca utilidad practicar las Disciplinas Espirituales dejando a un lado el único propósito que las une (vea Colosenses 2:20-23; 1 Timoteo 4:8). Ese propósito es la piedad. Por eso, en 1 Timoteo 4:7 se nos dice que nos disciplinemos a nosotros mismos «para la *piedad*» (LBLA)⁴.

Eso es lo que hicieron los héroes piadosos de la historia cristiana. Desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días, las personas piadosas siempre han sido personas espiritualmente disciplinadas. Recuerde a algunos héroes de la historia de la iglesia como Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, John Bunyan, George Whitefield, Lady Huntingdon, Jonathan y Sarah Edwards, Charles Spurgeon, Lottie Moon, George Müller, Dawson Trotman, Jim y Elisabeth Elliot, y Martyn Lloyd-Jones. ¿Cómo desarrollaron semejante reputación de ser piadosos? No fue como si Dios los hubiera ungido de santidad de maneras que no nos ha concedido al resto de nosotros. Quizá sea cierto que él bendijo a estos creyentes en cuanto a la productividad en el ministerio de maneras que no les ha concedido a muchos otros; pero desde el punto de vista de la sumisión a Cristo, avanzaron como lo hacen todos los cristianos: por medio de las Disciplinas Espirituales. Según mi propia experiencia cristiana pastoral y personal, puedo decir que jamás conocí a un hombre o a una mujer que llegara a la madurez espiritual salvo a través de la disciplina. La piedad se logra por medio de la disciplina.

En realidad, Dios usa tres catalizadores principales para cambiarnos y adaptarnos a la semejanza a Cristo, pero solo uno de ellos está, en gran parte, bajo nuestro control. Uno de los catalizadores que Dios utiliza para transformarnos son las personas. Dice Proverbios 27:17: «El hierro se afila con hierro, así un amigo se afila con su amigo». A veces, Dios usa a nuestros amigos para que nos enfoquemos en una vida más semejante a Cristo, y a veces usa a nuestros enemigos para pulir nuestros bordes ásperos e impíos. Padres, hijos, cónyuges, compañeros de trabajo, clientes, maestros, vecinos, pastores: Dios nos transforma por medio de estas personas.

Otro agente de cambio que Dios usa en nuestra vida son las circunstancias. El clásico texto para esto es Romanos 8:28: «Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos». Las manos de la Divina Providencia usan las presiones económicas, las condiciones físicas e incluso el clima para estimular a sus elegidos a la santidad.

Luego está el catalizador de las Disciplinas Espirituales. La diferencia entre este catalizador y los dos primeros es que cuando Dios usa las Disciplinas, obra fundamentalmente de adentro hacia afuera. Cuando nos transforma por medio de las personas y las circunstancias, el proceso funciona principalmente de afuera hacia adentro. Las Disciplinas Espirituales también difieren de los otros dos métodos de transformación en el hecho de que Dios nos concede una mayor medida de elección en cuanto a la participación en las Disciplinas. Muchas veces tenemos poca capacidad de elección en cuanto a las personas y las circunstancias que Dios pone en nuestra vida, pero podemos decidir, por ejemplo, si hoy leeremos la Biblia o ayunaremos.

Así que, por un lado, reconocemos que hasta la autodisciplina más férrea, por sí misma, no nos hará más santos; más bien, puede hacernos más parecidos a los fariseos. El crecimiento en la santidad es un regalo de Dios (vea Juan 17:17; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 2:11). Por otro lado, eso no significa que no tenemos que hacer nada para procurar la santidad, más que vivir la vida que queremos hasta que, y a menos que, Dios decida hacernos santos. Lo que tenemos que hacer es disciplinarnos a nosotros mismos con el fin de alcanzar la piedad, ejercitando las Disciplinas Espirituales que Dios nos dio como el medio para recibir su gracia y crecer en la semejanza a Cristo.

En Colosenses 1:28-29, el apóstol Pablo ilustró cómo estas dos cosas, el esfuerzo del cristiano y la obra de Dios, pueden darse simultáneamente en la persona en la que mora el Espíritu Santo. En este texto, Pablo habló de su trabajo para ayudar a los creyentes

a llegar a ser «perfectos en su relación con Cristo», declarando: «Es por eso que trabajo y lucho con tanto empeño, apoyado en el gran poder de Cristo que actúa dentro de mí» (Colosenses 1:29). Observe que Pablo dijo que él mismo trabajaba duramente, pero luego afirmó que la energía para esta lucha provenía de Cristo. El hecho de que Pablo tuviera el deseo y el poder para el ministerio era completamente por la gracia de Dios (vea Filipenses 2:13). Si de su trabajo resultaba algún fruto perdurable, Pablo le daba toda la gloria a Dios. Sin embargo, a veces seguramente se sentía como que todo el esfuerzo era de Pablo y, al final de cada día, Pablo era el que estaba agotado por el trabajo.

Así son las cosas con las Disciplinas Espirituales. La gracia de Dios produce el deseo y el poder para ellas. Pero los cristianos deben practicar personalmente las Disciplinas. Por ejemplo, el hambre profunda e insaciable por la Biblia es un don de Dios, pero somos nosotros quienes tenemos que dar vuelta a las páginas y leer las palabras. Dios no arrastra nuestro cuerpo pasivo y lo pone frente al escritorio, ni hace que nuestras manos abran la Biblia, ni hace girar nuestros ojos de un lado al otro por las páginas, sin ningún esfuerzo de nuestra parte.

El Nuevo Testamento fue escrito originalmente en el idioma griego. La palabra traducida como «disciplina» viene de la palabra griega *gymnasia*, de la cual se derivan nuestros términos *gimnasio* y *gimnasia*. Esta palabra significa «ejercitar o disciplinar», que es el motivo por el que la versión Reina-Valera 1960 traduce 1 Timoteo 4:7 como «ejercítate para la piedad», LBLA como «disciplínate a ti mismo para la piedad» y la NTV como «entrénate para la sumisión a Dios». Es una palabra sudorosa, que lleva en sí el olor a gimnasio. Así que, piense en las Disciplinas Espirituales como ejercicios espirituales. Ir a su lugar favorito para orar o para escribir notas en su diario, por ejemplo, es el equivalente espiritual de ir a un gimnasio y usar una máquina para levantar pesas. Del mismo modo que las disciplinas físicas como esta estimulan la fuerza corporal, las Disciplinas Espirituales promueven la piedad.

Una historia bíblica que ilustra otra manera de pensar en el rol de las Disciplinas Espirituales está en Lucas 19:1-10. Es el famoso relato de la conversión de Zaqueo, el cobrador de impuestos. Como era tan bajo de estatura, Zaqueo no podía ver a Jesús entre la multitud. Así que se adelantó y se subió a una higuera sicómoro para ver a Jesús cuando pasara. Cuando Jesús llegó al lugar, miró hacia arriba, llamó a Zaqueo por su nombre y le dijo que bajara. Ambos se fueron a la casa del cobrador de impuestos, donde él creyó en Jesús para su salvación y decidió entregar la mitad de sus posesiones a los pobres y devolver con intereses todos los impuestos que había tomado ilegalmente.

Piense en las Disciplinas Espirituales como maneras en las que podemos ponernos espiritualmente en el camino de la gracia de Dios y buscarlo, así como Zaqueo se colocó físicamente en el camino de Jesús y lo buscó. El Señor, por medio de su Espíritu, todavía recorre ciertos caminos, caminos que él mismo ha ordenado y revelado en las Escrituras. A estos caminos los llamamos Disciplinas Espirituales, y si nos ponemos en ellos y lo buscamos a él allí por fe, podemos esperar encontrarlo. Por ejemplo, cuando vamos a la Biblia o cuando nos dedicamos a cualquiera de las Disciplinas bíblicas, mirando por fe a Dios a través de ellas, podemos esperar experimentar a Dios. Así como sucedió con este cobrador de impuestos, lo encontraremos dispuesto a tener misericordia de nosotros y a tener comunión con nosotros. Con el tiempo, él también nos transformará de un nivel de la semejanza a Cristo a otro (vea 2 Corintios 3:18). Así que, nuevamente, por medio de estas prácticas que tienen base en la Biblia, conscientemente nos colocamos ante Dios con la expectativa de disfrutar su presencia y de recibir su gracia transformadora.

Tom Landry, el entrenador del equipo de fútbol americano Dallas Cowboys durante más de treinta años, dijo: «El trabajo de un entrenador de fútbol es hacer que los hombres hagan lo que no quieren hacer para lograr lo que siempre han querido ser»⁵. Casi de la misma manera, los cristianos están llamados a obligarse a sí mismos, por el

poder del Espíritu, a hacer lo que naturalmente no harían —practicar las Disciplinas Espirituales— para experimentar aquello que el Espíritu les hace desear, es decir, estar con Cristo y ser como Cristo. Dicen las Escrituras: «Disciplínate a ti mismo para la piedad».

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: LA VOLUNTAD DE DIOS PARA LOS CRISTIANOS

El idioma original de las palabras «disciplínate a ti mismo para la piedad» indica claramente que es una orden de Dios, no simplemente una sugerencia. La santidad no es una opción para los que afirman ser hijos del Santísimo (vea 1 Pedro 1:15-16), y el medio para la santidad, es decir, las Disciplinas Espirituales, tampoco es una opción.

La expectativa de una espiritualidad disciplinada está implícita en el ofrecimiento de Jesús en Mateo 11:29: «Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles». Lo mismo es cierto en esta propuesta de discipulado: «Entonces dijo a la multitud: “Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme”» (Lucas 9:23). Estos versículos nos dicen que ser un discípulo de Jesús significa, por lo menos, aprender de él y seguirlo. Eso es lo que hicieron los doce apóstoles de Jesús: lo siguieron a todas partes y, mientras lo hacían, aprendían de él. Pero para seguir a Jesús se requería disciplina; ellos tenían que ir adonde él iba, cuando él lo hacía. Seguir a Jesús hoy día y aprender de él todavía involucra disciplina porque usted no sigue a alguien por casualidad, al menos no por mucho tiempo, ni aprende tanto accidentalmente como lo hace por medio de la disciplina. ¿Es usted un seguidor disciplinado de Jesús?

El hecho de que la disciplina esté en el corazón del discipulado se valida en 2 Timoteo 1:7, que dice: «Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina». El componente clave de este control propio en el seguidor de Jesús es la autodisciplina espiritual. Además, Gálatas 5:22-23 declara que una evidencia de la influencia de este espíritu de control propio

dado por Dios es un mayor control propio en nuestra vida, especialmente como seguidores y aprendices de Jesús.

El Señor Jesús no solo espera estas Disciplinas Espirituales bíblicas de quienes lo siguen, sino que él es el modelo de la disciplina para el propósito de una vida piadosa. Si nosotros vamos a ser como Cristo, tenemos que vivir como Cristo vivió, en la medida en que podamos hacerlo como seres humanos pecadores. Nosotros no podemos hacer lo que Jesús hizo como Dios, pero vivir una vida *cristiana* significa que debemos buscar seguir su ejemplo humano de cómo vive una persona en comunión con el Padre. Aunque Jesús es mucho más que nuestro ejemplo de espiritualidad, pues también es nuestro Señor, nuestro Rey, nuestro Salvador, nuestro Sustituto, nuestra Justicia, nuestro Juez y muchas otras cosas para nosotros, también es nuestro ejemplo de espiritualidad. Y cuando pensamos en Jesús, vemos un ejemplo de piedad personal disciplinada, un ejemplo de cómo vivir en constante comunión con Dios.

A pesar del ejemplo de Jesús y de la enseñanza del Nuevo Testamento acerca del cristianismo como una vida de espiritualidad disciplinada, muchos cristianos profesos son indisciplinados espiritualmente, y parece que en su vida tienen poco poder y pocos frutos semejantes a los de Cristo. Sin embargo, muchos de esos cristianos son notablemente disciplinados en otras áreas de su vida. He visto hombres y mujeres que se autodisciplinan con fervor para sobresalir en su profesión, pero que se disciplinan muy poco «para la piedad». Estoy seguro de que usted ha visto personas que dedican tiempo a aprender a tocar un instrumento, sabiendo que se requieren innumerables horas para adquirir las destrezas; que entrenan mucho para mejorar su rendimiento deportivo, sabiendo que se requiere trabajo para llegar a ser competentes; que se comprometen con un largo plan de estudio intensivo para obtener un título, sabiendo que se requiere sacrificio para tener éxito. Y luego, muchas de esas mismas personas renuncian rápidamente si se dan cuenta de que las Disciplinas Espirituales no son fáciles, como si llegar a ser como Jesús no requiriera mucho esfuerzo.

He visto cristianos fieles a la iglesia de Dios que muchas veces demuestran un entusiasmo genuino por las cosas de Dios y están comprometidos con la predicación de la Palabra de Dios, pero que trivializan su eficacia para el reino de Dios con la falta de disciplina. Una mujer de unos sesenta años acudió una vez a mi esposa y a mí en busca de consejo; había pasado toda su vida en iglesias conservadoras que creen en la Biblia. A lo largo de las décadas, esta fiel obrera había servido casi en cada puesto de ministerio voluntario que estaba disponible para ella. Pero, en medio de sus lágrimas, nos confesó: «Yo sé cómo hacer de todo en la iglesia, pero no sé cómo leer la Biblia y orar». Espiritualmente, las personas como ella tienen mucho conocimiento superficial. No existen los canales profundos y desgastados de la disciplina de estar en contacto con Dios. Han incursionado en todo, pero no se han disciplinado en nada.

MÁS PRÁCTICA

Es peligroso descuidar las Disciplinas Espirituales. El peligro más grande de descuidar las Disciplinas Espirituales es el de pasar por alto a Dios para siempre; no porque la devoción personal le consiga a alguien un lugar en el cielo, sino porque es lo que caracteriza a los que se dirigen hacia allá. En otras palabras, algunos que fracasan en practicar las Disciplinas las descuidan simplemente porque no las desean, y no las desean porque no tienen hambre de Dios. No conocen a Dios, por lo que los medios divinos para experimentar y disfrutar a Dios personalmente no les son atractivos. Para ellos, las Disciplinas Espirituales son deberes religiosos tediosos que deben aguantar tan poco como su conciencia o reputación se los permita, no un banquete de Dios en el que su alma hambrienta anhela alimentarse lo más posible.

Para los que sí conocen a Dios por medio del evangelio de Cristo, existe otro peligro al descuidar las Disciplinas. El fragmento seleccionado de la pluma de un escritor de hace muchos años ilustra el peligro. Al opinar sobre la diferencia entre el camino disciplinado y el indisciplinado, escribió:

Nunca se ha logrado nada sin disciplina; y muchos atletas y muchos hombres se han echado a perder porque abandonaron la disciplina y se volvieron cada vez más inactivos. Coleridge⁶ es la mayor tragedia de la indisciplina. Jamás una mente tan genial produjo tan poco. Dejó la Universidad de Cambridge para incorporarse al ejército; pero abandonó el ejército porque, a pesar de toda su erudición, no podía almorzar a un caballo; volvió a Oxford y se marchó sin graduarse. Inició un periódico llamado *The Watchman* (El Vigilante), que vivió diez ejemplares y después dejó de existir. De él se ha dicho: «Se perdía en las visiones del trabajo que tenía por hacer, que siempre quedaba por hacer. Coleridge tenía todos los dones poéticos, excepto uno: el don del esfuerzo constante y concentrado». Tenía toda clase de libros en su cabeza y en su mente, como se decía a sí mismo: «Completo, salvo por la transcripción». «Estoy en la víspera —decía— de enviar a la imprenta dos volúmenes pequeños». Pero los libros nunca se escribieron fuera de la mente de Coleridge porque él no se sometió a la disciplina de sentarse a escribirlos. Sin disciplina, nadie ha alcanzado eminencia alguna, y nadie que la haya alcanzado, la ha mantenido jamás sin disciplina⁷.

Es probable que de sus propias observaciones usted pueda nombrar atletas, músicos o estudiantes que exhibieron un potencial enorme, pero que no lograron vivir a la altura de ese potencial que Dios les dio simplemente porque no pudieron disciplinarse para practicar. Algo parecido puede pasarles a los cristianos en el terreno espiritual. Aunque pocos podemos tener los dones intelectuales o poéticos de Coleridge, todos los creyentes hemos recibido dones espirituales (vea 1 Corintios 12:4-7). No obstante, la mera presencia de los dones espirituales no garantiza la productividad espiritual más de lo que los dones mentales de Coleridge aseguraban la producción de libros y poesía. Como sucede con los dones deportivos,

musicales o intelectuales, los dones espirituales tienen que desarrollarse por medio de la disciplina para dar frutos espirituales. Por consiguiente, el peligro de descuidar las Disciplinas Espirituales es el peligro de producir poco fruto espiritual, y que la vida de usted signifique poco para el reino.

Hay libertad al adoptar las Disciplinas Espirituales. Muchos escuchan el término *Disciplinas Espirituales* y piensan en esclavitud y cargas, en cosas que tienen que hacer, no en la libertad. Sin embargo, hay una libertad en la vida cristiana que no viene a través de la indolencia, sino de la disciplina.

Podemos ilustrar este principio observando la libertad que se logra al dominar cualquier disciplina. Por ejemplo, al ver a un guitarrista consumado puntear y rasguear esas seis cuerdas, casi da la impresión de que nació con el instrumento pegado a su cuerpo. Tiene una intimidad y una libertad con la guitarra que hace que tocarla parezca una cosa fácil. Cualquiera que alguna vez haya tratado de tocar sabe que la libertad y habilidad musical de ese tipo solo se logran después de décadas de práctica disciplinada. Asimismo, la libertad que genera la disciplina no se ve solamente en los músicos competentes, sino también en los mediocampistas estelares, en los carpinteros expertos, en los ejecutivos exitosos, en los artesanos habilidosos, en los estudiantes excelentes y en las mamás que diariamente dirigen bien el hogar y la familia.

Libertad por medio de la disciplina es la idea que está detrás de lo que ha llegado a conocerse como «la regla de las diez mil horas»⁸. Es una observación basada en la investigación que dice que para convertirse en un experto en algo, para que algo llegue a ser una acción instintiva, usted debe llevar a cabo esa actividad (como tocar la guitarra) por lo menos durante diez mil horas. No se trata solamente de repetir una tarea idéntica, como tocar la misma canción durante cuatro horas al día, cinco días a la semana, cincuenta semanas al año, durante diez años; más bien, también debe haber un esfuerzo deliberado y continuo (generalmente, bajo la guía de otro) para mejorar el desempeño general. Por consiguiente, en el

caso del músico, ensayará una amplia variedad de canciones, estilos y ejercicios con tanta regularidad y con mayor complejidad en cada oportunidad, que dará como resultado una libertad cada vez más desarrollada con el instrumento.

En un sentido, podríamos llamar disciplina al «precio» que debemos pagar por la libertad. Pero Elisabeth Elliot es más concreta cuando explica que «la libertad y la disciplina han llegado a considerarse como mutuamente excluyentes, cuando, de hecho, la libertad no es en absoluto lo opuesto, sino la *recompensa* final, de la disciplina»⁹. Así que, aunque se hace énfasis en que la libertad requiere disciplina, no olvidemos hacer énfasis en que la disciplina nos recompensa con libertad.

¿Qué es esta libertad que da la piedad? Piense nuevamente en nuestras ilustraciones. Por ejemplo, el guitarrista virtuoso es «libre» para tocar un arreglo difícil de Segovia, mientras que yo no. ¿Por qué? Por los años que él pasó practicando disciplinadamente. De manera similar, quienes tienen la «libertad» de citar las Escrituras son los que se han disciplinado para memorizar la Palabra de Dios. Podemos experimentar un poco de libertad del letargo espiritual mediante la disciplina del ayuno. O podemos sentir un poco de libertad del egocentrismo al involucrarnos en Disciplinas como la adoración, el servicio y la evangelización. La libertad que da la piedad es la libertad de hacer lo que Dios nos llama a hacer a través de las Escrituras y la libertad de expresar los atributos del carácter de Cristo a través de nuestra propia personalidad. Este tipo de libertad es la «recompensa» o el resultado de la bendición de Dios sobre nuestro compromiso con las Disciplinas Espirituales.

Pero debemos recordar que las libertades maduras de la piedad sustentada por la disciplina no se desarrollan con una sola lectura de la Biblia, o con incursionar unas cuantas veces en algunas de las otras Disciplinas. Las Escrituras nos recuerdan que el dominio propio, como el que se manifiesta mediante las Disciplinas Espirituales, tiene que perseverar antes de que madure y se transforme en el fruto maduro de la piedad. Observe con atención la secuencia del

desarrollo en 2 Pedro 1:6: «al dominio propio, perseverancia, y a la perseverancia, piedad» (LBLA). El puente entre el dominio propio fortalecido por el Espíritu y la piedad es la perseverancia. El dominio propio esporádico produce una piedad esporádica. Pero el dominio propio con perseverancia da como resultado una más constante semejanza a Cristo. La verdadera piedad no requiere simplemente diez mil horas, sino la perseverancia de toda una vida.

Todos los cristianos están invitados a disfrutar de Dios y de las cosas de Dios a través de las Disciplinas Espirituales. Todos aquellos en quienes mora el Espíritu de Dios están invitados a saborear el gozo de un estilo de vida con las Disciplinas Espirituales cristocéntricas basadas en el evangelio.

¿Se acuerda de Kevin y su guitarra? El trabajo pesado de su práctica adquiriría un espíritu completamente nuevo al darse cuenta de que algún día tocaría para un auditorio lleno en el Carnegie Hall. La disciplina de la práctica se convertiría gradualmente en el medio para uno de los deleites más grandes de su vida.

Cualquier disciplina sin rumbo, desde practicar guitarra hasta memorizar la Biblia, es un trabajo pesado. Pero las Disciplinas Espirituales nunca son un trabajo pesado, siempre y cuando las practiquemos teniendo en mente la meta de la piedad (es decir, la intimidad con Cristo y la sumisión a Cristo). Si la imagen que usted tiene de un cristiano disciplinado es la de un semirrobot ceñudo, reservado y triste, no entendió la idea. Jesús fue el Hombre más disciplinado que existió y, sin embargo, el más feliz y vivo de verdad. Si bien él es más que nuestro ejemplo, aun así es nuestro ejemplo de disciplina. Sigámoslo hacia el gozo por medio de las Disciplinas Espirituales. Concéntrese en la persona y en la obra de Jesús en cada una de las Disciplinas. A través de ellas, aprenda de Jesús, contémplole y disfrute lo que él es y lo que ha hecho. Por medio de las Disciplinas, deje que las verdades del evangelio restauren su alma. Involúcrese en las Disciplinas Espirituales dadas por Dios en las Escrituras, para que continuamente le hagan ver su necesidad de Cristo y la provisión infinita de gracia y misericordia que se pueden encontrar por la fe en Jesucristo.